

I

I. Alrededor de una bola de fuego corre a toda pastilla una bola de mierda sobre la cual se venden medias de seda para señoras y se habla de Gauguin. Un aspecto en verdad sumamente deplorable que, sin embargo, permite al fin y al cabo ciertas distinciones: las medias de seda pueden ser disfrutadas, Gauguin no. (Imagina a Bernheim⁴ como biólogo prestigioso). Los miles de embaucadores⁵

4. Hippolyte Bernheim (1840-1919) fue un médico francés iniciador de la psicoterapia moderna. Se centró en la técnica de la hipnosis como proceso terapéutico.

5. Walter Serner utiliza tanto la palabra "rasta" como "rastaquouère". Se trata de una palabra llena de ambigüedades, como todo el universo Dadá. El origen de la palabra no está claro. En español existe la palabra "rastacuero" que según el DRAE significa vividor, advenedizo, e igualmente persona inculca, adinerada y jactanciosa. Se nos dice que la palabra procede del francés "rastaquouère". Sin embargo, como ha demostrado el profesor Ángel Rosenblat, puede que la palabra tenga el origen en otra parte. Según el diccionario Larousse francés la palabra "rastaquouère" procede, por el contrario, del español, es decir, de la palabra "arrastracueros". La palabra tiene su origen, según parece, en las artimañas que utilizaba el General José Antonio Páez (1790-1863) en su época de guerrillero. José Antonio Páez en una ocasión usó el ardid de amarrar cueros secos de res a la cola de unos caballos, para que al correr en tropel hiciesen gran ruido y levantasen mucho polvo, haciendo creer al enemigo que era una potente y numerosa caballería, cuando en realidad solo eran cuatro caballos salvajes. La palabra también puede tener su origen en la ridícula costumbre de viejos ricachones de alardear de sus riquezas, casi siempre originadas en la explotación y exportación de cueros de res. Muchos de ellos viajaban a Francia, y en París derrochaban dinero. De esta forma la palabra pasó a Francia hacia 1880. Serner la recoge del lenguaje parisino de los primeros años del siglo XX y la transforma en concepto que designa al embaucador, a las artimañas que son necesarias llevar a cabo para conseguir un objetivo determinado. En la primera versión del manifiesto en lugar de *rasta* utiliza, en diversos momentos, la expresión *dadá*. Así encontraremos que sustituye en la versión final del *Manual* el

oligofrénicos de la más yerma observancia, que sirven lo estético a erectos dedos índice burgueses (¡oh, pastoso en-copetado!) para fijar expresiones, han causado hasta ahora tales negligencias que aún hoy suelen dejar con las ganas a muchas damas. (Llegados a este punto ha de reflexionarse tres minutos sobre las consecuencias psíquicas de una vista mal tratada. Síntoma clínico primario: subestimación de las medias de seda femeninas. Síntoma clínico secundario: desórdenes digestivos).

2. ¿Qué haría el primer cerebro que vino a parar a este planeta? Probablemente se asombraría ante su propia existencia y no sabría qué hacer consigo mismo ni con el sucio vehículo que se mueve bajo sus pies. Con el tiempo la gente se ha acostumbrado al cerebro, considerándolo de tan poca importancia que ni merece ser ignorado. Todos ellos se han vuelto estafadores (en lo más bajo: dueño de un barracón de feria; en lo más alto: por ejemplo, el presidente del Senado). Han convertido la injusta y querida naturaleza en el decorado de una obra muy intensa. A pesar, sin duda, de esta poco heroica salida para evitar un dilema —que todavía recibe un amplio reconocimiento— se ha vuelto algo totalmente exento de gracia desde que es tan previsible (¡qué estúpida es una báscula de baño!), pero precisamente por ello resulta muy adecuado para llevar a cabo ciertos procedimientos.

3. Incluso a un maquinista se le ocurre al menos una vez al año que sus relaciones con la locomotora no son en absoluto

grito original *Viva Dadá* por *Vive le Rasta*. Poco tiempo después de la primera publicación de este texto en forma de manifiesto publicaría Francis Picabia su *Jésus-Christ Rastaquouère* (1921).

ineludibles. A pesar de ello él no sabe demasiado de su compañera tras aquella cálida noche en Bois. (Si hubiera nombrado La Villette o la Theresienwiese, ambas relaciones hubieran sido totalmente ilusorias; una advertencia para los que solicitan una cátedra: "Sobre anatomía topográfica, ventilación psíquica y temas semejantes.") En el Hotel Ronceray o en Piccadilly, por el contrario, ya ocurre que se vuelve endemoniadamente confuso saber por qué en ese momento precisamente uno clava la vista sobre su mano y tararea, se escucha rascar y ama su saliva. Este, en apariencia, apacible ejemplo supone una posibilidad para que el penetrante sentimiento del aburrimiento dé un salto mortal y se convierta en un pensamiento que considera su causa. La perspectiva de tal agradable momento no puede sino satisfacer al desesperado (¡oh, qué preciosidad!) que como profeta, artista, anarquista, hombre de estado, etc., y pronto como embaucador, se dedicará a hacer tonterías.

4. Napoleón —en verdad un joven muy versado— afirmaba, de un modo bastante irresponsable, que la auténtica misión del hombre era encargarse de las labores del campo. ¿Pues cómo? ¿Cayó acaso el arado del cielo? Pero de *algo* sí que pudo enterarse el *homo sapiens*. Supongo que fue una voz femenina desnutrida de amor quien se lo dijo. Bueno, en todo caso no labrar la tierra; al fin y al cabo, las hierbas y los frutos ya existían por aquel entonces. (Por favor, consulten si les parece a biogenetistas alemanes para descubrir por qué estoy equivocado. Pero va a ser muy aburrido. Así que tengo razón). Por ello al final, también Napoleón, quien se manifestaba con una muy grata y refrescante falta de moderación, era de vez en cuando un formidable atleta alentando a los demás. Una pena. Una gran pena.

5. Como veis, mis queridos amigos, *todo* es decididamente una estafa. Cada cual es (más o menos) una obra sumamente ligera, gracias a Dios. (Dicho sea de paso: ¡10 peniques para el intrépido que me demuestre que, al final, hay algo que *no* salta al azar como normal!) De otro modo, por cierto, la muerte se convertiría en algo epidémico. Diagnóstico: aburrimiento severo; o: resignación de pánico; o: resentimiento transcendental, etc. (En caso de repetición puede ser planteado como registro de todos los estados de poco talento). El actual presupuesto general de la superficie habitada de la tierra es así únicamente el resultado lógico de un aburrimiento que ha crecido hasta lo insoportable. Aburrimiento: por usar su nombre más inofensivo. ¡Que cada uno se busque el término que piense más delicioso para describir su inferioridad! (¡Bonito tema para el picante juego de las prendas!)

6. Es por todos conocido que un perro no es ninguna hama; menos conocido es que sin esta tierna hipótesis a los pintores se les caerían los puños manchados. Sin embargo, es completamente desconocido que las interjecciones son las más apropiadas: las ideologías son mezclas de palabras... *Sapristi*⁶, aquí el procedimiento debe ser un poco ampliado. (¡Una imagen pequeña: ligera craneotomía!) Pues bien: todos los estilistas no son asnos. El estilo solo es un gesto de vergüenza con una estructura más turbulenta. Y ya que la vergüenza (tras meditarlo brevemente) se presenta como el perfecto autoarrepentimiento, es evidente que los estilistas, por miedo a ser considerados asnos, se comportan mucho peor que éstos. (Así pues, los

6. Interjección (o juramento) que procede del francés, deformando la palabra *Sacristi* (*Sacré, Sacré Christ*).

asnos poseen dos características muy destacadas: son tercos y vagos). Entonces, la diferencia entre Paul Oskar Höcker, Dostoyevski, Waldemar Bonsels y Wedekind⁷, únicamente se pone de manifiesto en la contención mostrada respecto al susodicho gesto de vergüenza. Si alguien me susurra en unos troqueos que funcionan perfectamente o de un modo rebosante de imágenes (todas las imágenes son plausibles), o a la manera expresionista, que se sentía mal, pero que desde que lo había visto en blanco y negro se sentía mejor, o que en realidad se sentía bien (mira por donde) pero que se sintió mal al no poder entenderlo todo (¡taratá!), entonces demuestra que siempre es el mismo esfuerzo sub-asnesco de desear escapar de la vergüenza *confiriéndole* forma (estilizador, ohdiosohdiosohdios). ¡Qué palabra más atroz! Eso significa: ¡hacer algo probable de la vida que es improbable hasta en la punta de los dedos! ¡¡Tapar un cielo redentor con el caos de inmundicia y adivinanzas!! ¡¡¡Perfumar de arriba abajo ordenando el estiércol de la humanidad!!! Gracias... ¿Hay una imagen más idiota que una (¡ag!) mente estilizante y genial coqueteando consigo misma durante esta actividad? (Por cierto: ¡todas mis simpatías hacia el listo que me pruebe que el coqueteo *no* existe entre los brabucones de la ética!) ¡Oh, la tremendamente alegre vergüenza que acaba con una reverencia ante sí misma! ¡*Por eso* (a causa de esta curvatura estilizada) se

7. Hace referencia Serner a diferentes posicionamientos frente a la moral y la sexualidad. Para ello menciona y compara a Fiódor Dostoyevski (1821-1881); Paul Oskar Höcker (1865-1944), prolífico escritor alemán de comedias, novelas policíacas y libros infantiles que en 1933 firmaría su lealtad a Adolf Hitler; Waldemar Bonsels (1880-1952), conocido por ser el autor del libro infantil *La abeja Maya*; y Frank Wedekind (1864-1918), autor dramático alemán que anticipó en muchos sentidos el expresionismo a través de su crítica de la vida burguesa.

sudan filosofías y novelas por los poros, los cuadros son embadurnados, las esculturas labradas, las sinfonías gemidas y las religiones fundadas! ¡Qué deplorable ambición, especialmente porque esas vanas asnadas han fracasado completamente (es decir, especialmente en regiones centroeuropeas)! ¡¡¡Todo tonterías!!!

7. El paisaje más hermoso que conozco es el café Barratte, en el barrio parisino de Les Halles. Por dos motivos. En primer lugar, porque fue allí donde trabé amistad con Germaine, quien, entre otras cosas susurraba: "*C'est possible que je serais bonne, si je saurais pourquoi.*"⁸ Admito con malicia que yo palidecía de gozo. Y en segundo lugar, porque en ese agradable local, Jean Kartopaitès⁹, quien por otro lado solo se relacionaba con caballeros sin cuello alzado, rompió bruscamente sus relaciones conmigo porque yo fui tan descuidado como para dejar escapar el nombre de Picasso.

8. ¡Ah, los queridos platos de porcelana blanca! Porque... Bueno porque: antes se deseaba transmitir a través de la pintura lo que se fingía no poder expresar en alto, o que en realidad no se tenía. (¡Yuju! ¡Como si uno solo pudiera realizar un retrato esmerado y distinguido de una virreina, si no fuese capaz de distinguirla de un sillón!) Por lo tanto, uno podría reírse con antelación de adónde irían a parar esos chapuceros, si dejaran de lustrar fotos al óleo. (Detrás de las orejas: más chicas, por favor, ¡más chicas!) ¡Pero las impresiones! Así que: *qué* se ha conseguido cuando tras un intenso parpadeo uno puede enderezarse, de modo

8. "Es posible que fuera buena si supiera el porqué."

9. Personaje que parece inventado por Serner. No hay una referencia concreta.

que ese zampapatatas solo observa una vaca, pero primero es capaz de llenarse la boca con que era su vaca, una vaca muy *especial*, en resumidas cuentas: ¿la vaca y la liberadora? ¡Taratatá! ¡Pero las expresiones! Jo, jo: ¿Qué se ha conseguido mirando fijamente lo que un adjetivo puede producir porque, al haber fracasado en ser una guía, podría fracasar ya antes de ser pintado? ¡Pero los cubistas, los futuristas! ¡Alejop! Los campeones de esos auténticamente fracasados y ultravioletas golpes de pincel que propagaron a los cuatro vientos que descenderían sobre la tierra (¡puag!) cual liberación del vaivén de estilos (¡Golpe de trapecio! ¡Golpe de trapecio! Algo así como: "Nosotros haremos balancearse la vergüenza!"), pero no solo no consiguieron que un simple *chignon* comenzara a moverse, sino que encima los asnos más salvajes progresaran a trote regular. (¡Oh, Sagot¹⁰ cabalgado por sus crías! etc., etc., etc.,) ¡Tonterías! ¡¡Tonterías!! ¡¡¡Tonterías!!!

9. Básicamente lo que ya ha sido dicho en el número 8 para aquellos adultos mal educados: una cuestión abecedaria, extraordinariamente abecedaria. Pero para ser observada con precaución, queridos míos:

a) Escultura: un juguete muy difícil de manejar intensificado por una mirada metafísica.

b) Música: sustituto del Pantopon¹¹ o Eros (¡Desde hace tiempo sub-abecedario!)

c) Poesía: un joven se encuentra en un aprieto. Receta: pregúntale con quién sueña y podrás decirle con quién

10. Puede referirse a Paul Antoine Sagot (1821-1888), médico, y explorador francés, cuyas expediciones le llevaron por el norte de Sudamérica.

11. Es un preparado cuyo elemento fundamental es el opio.

no se ha acostado. (Por supuesto que uno se encuentra *continuamente* en apuros; pero en un apuro C no ha de verse ya nunca más).

d) Novelas y todo eso: las personas hablan como posesas o después de un poco no hablan nada. Un poquito más de sudor y todo se arreglará: ¡Las bellas letras! (Uno se siente con frecuencia como un poseso. Un tomo de Samuel Fischer¹² es un método para crear la línea aérea Siracusa-Bocadillo-Calefacción Central que cuesta demasiado tiempo).

e) Drama, tragedia, comedia: el problema se agudiza, se clava y desata en el público la imprecisa suposición de que un cine es, sin embargo, el mejor segundo postre (en caso de falta de *poussagen*). En resumen, pequeños míos: el arte fue siempre una enfermedad infantil.

10. No se tiene nunca un pensamiento. En el mejor de los casos un pensamiento actúa como tal. (Pero siempre habrá quien objete algo). Cada palabra es una torpeza, recuerda. Solo se continúan anunciando a bombo y platillo frases acrobáticas más propias de un circo sobre un puente de cadenas (o también plantas, gargantas, camas). Una buena recomendación: antes de quedarte dormido imagina con la mayor de las claridades el estado mental de un suicida cuya última voluntad es soldar la seguridad en sí mismo mediante una bala. Sin embargo, solo saldrá bien si se ha puesto en ridículo con anterioridad. Gravemente en ridículo. Espantosamente en ridículo. Desmesuradamente en ridículo. Tan espeluznantemente, en ridículo, que con ello todo lo demás se convierta

12. Samuel Fischer (1789-1934). Judeoalemán de origen húngaro, fundador de la editorial S. Fischer —instalada actualmente en Frankfurt—, editó las primeras obras de Thomas Mann.